

tuvo lugar en la habitación del Pontífice; asistieron á la audiencia el Presidente de la Peregrinación, el Doctor Ibarra y el Caballero Angelini. El Santo Padre los recibió con su acostumbrada benevolencia y amabilidad, conversando con ellos familiarmente. Se informó de las necesidades de la Iglesia en México; dió algunos consejos saludables al señor Obispo para remediarlas; ofreció consagrar una atención especial á los asuntos religiosos de nuestra Patria, y otorgó algunas gracias muy particulares á los presentes. Aceptó con agrado los dones que le fueron ofrecidos y consistían en una ofrenda de cuatro mil francos, cuya procedencia no pudimos averiguar, en el precioso cáliz obsequio de la Diócesis de Chilapa, cuya descripción hicimos en su lugar; en unos donativos en oro mexicano, ofrecimiento de varias personas. El señor obispo presentó á Su Santidad un ramo de flores artificiales adornado con monedas de oro, obsequio de la Diócesis de Tabasco. El Santo Padre tomó el ramo en sus manos y señalando las monedas dijo al prelado:

—¿Es esta la semilla que producen las plantas en México?

Los circunstantes celebraron la graciosa ocurrencia del Sumo Pontífice.

Más de media hora duró la entrevista, y antes de retirarse los mexicanos recibieron del Santo Padre su bendición y su afectuosa despedida. Una especialísima bendición otorgó á los peregrinos para el viaje, y el ofrecimiento de hacer oración por ellos para obtener del cielo que regresaran con felicidad á la patria. Ya veremos en lo de adelante cuánta fué la eficacia de ésa bendición y de esas oraciones del Vicario de Jesucristo.

Desde el día primero habían comenzado á llegar á Roma los mexicanos que tenían el propósito de regresar con la Peregrinación, y habían aprovechado admirablemente el corto tiempo de que se disponía para ir á recorrer varias ciudades de Europa. Don Vicente Palacios, Don Manuel Coeto, Don Gregorio García, el padre Ortega, el padre Alva, el padre Zúñiga y otros muchos eclesiásticos y seglares fueron llegando con oportunidad. Presentábanse al Cónsul inmediatamen-

te, y Angelini daba conocimiento de la llegada de los peregrinos al Secretario. La antevíspera de la partida ya estaban en Roma todos los que habían ofrecido regresar.

Desde que se tuvo noticia del día en que el "Bolivia" estaría en las aguas de Nápoles, comenzaron á circular extraños rumores entre los peregrinos. Quién decía haber sabido que el buque no podía regresar al puerto el día señalado; quién, que no se pondría inmediatamente en camino para América; quién aseguraba que sería exigido á los peregrinos un aumento de pasaje. Estos y otros rumores, producían inquietudes en algunos, quienes se acercaban al Cónsul mexicano y al Secretario de la Comisión, pidiendo explicaciones, que estos se apresuraban á dar, tranquilizando á los peregrinos. El Señor Cura Orihuela, que había resuelto no regresar por el "Bolivia," sentía cierta complacencia en atraer á seguir su ejemplo á varios compatriotas. Un día se hallaba en casa de Angelini, en los momentos en que llegaban el Sr. Cura Conchos, el Sr. Valadéz y otros mexicanos. Estaba presente allí el Secretario de la Comisión. El Sr. Orihuela dijo á los recién llegados.

—No quisiera yo hallarme en la situación de los que regresan por el "Bolivia."

—¿Por qué razón? preguntó con aire de humildad el Sr. Conchos.

—Porque á la vuelta van á fastidiar á ustedes con un mes de navegación. He sabido que el "Bolivia" tiene que tocar varios puntos de Italia para tomar carga; en lo cual van á emplear cuando menos ocho días.

—¿Es posible? señor licenciado, dijo el Sr. Valadéz en tono de alarma, dirigiéndose al Secretario.

—Nada sé yo de lo que afirma el Señor Cura, dijo el Secretario.

—Ojalá y fuese cierto, repuso con deliciosa flema el Sr. Conchos; visitaremos otras muchas ciudades y tendrá la Compañía que darnos de comer á sus expensas mayor número de días.

Todos los presentes celebraron la graciosa salida del anciano Cura de Rincón de Romos.

Ya no tenía qué hacer la Peregrinación en la Ciudad Eterna: sus individuos, y señaladamente nosotros, hubiéramos deseado permanecer aún muchos días; pero la colectividad había desempeñado enteramente su misión, y debía volver á la patria, cumpliendo con el programa que se fijó de antemano. Nuestra casa flotante nos aguardaba en Nápoles el día 5, y por consiguiente, el 4 debíamos salir de Roma. Oprimíase nos el corazón al acercarse el día de la partida. Principiamos á despedirnos de los pocos pero buenos amigos que allí dejábamos. El Domingo 3 debíamos consagrarlo exclusivamente á esta triste ocupación.

Celebrábase en ese día, por el Gobierno, la fiesta que llaman *del Estatuto*, que nosotros llamamos de la Constitución: es nuestro 5 de Febrero. Lo mismo que sucede acá entre nosotros, acontece allá respecto á la celebración de este aniversario político. El Gobierno, las autoridades, y la gente que vive del presupuesto, se ponen contentísimos, y “echan, como acá decimos, la casa por el balcón,” en ese día, para ellos memorable. El que come no se acuerda de los que carecen de pan, y los especuladores en política festejan, como es natural, el acontecimiento que les abrió la entrada á los puestos públicos, sin preocuparse por los malos resultados que dicho acontecimiento haya producido para la generalidad. ¿Qué importa que el pueblo italiano carezca de los medios de llenar aun las más imperiosas necesidades de la vida? ¿Qué importa que gima en la miseria, oprimido por los impuestos, y exasperado por la falta de trabajo? ¿Qué importa que diariamente se vea obligado á emigrar en considerables masas, condenándose á la expatriación, para ir á buscar en el extranjero el pan que no puede ganar con el trabajo en el propio suelo? La Italia es una; tiene su Constitución; está organizada liberalmente; tiene sus representantes en la Asamblea Nacional, y los ciudadanos disfrutan de las libertades políticas. ¿Qué otra cosa pueden apetecer los italianos? los políticos, se entiende.

La fiesta del Estatuto consistió en una gran parada, en que el Soberano de Italia se dió el gusto de ver desfilar los numerosos batallones que ha organizado, menos para hacer respetable en el extranjero la autonomía de la Nación, que para mantener á raya á los descontentos en el interior del país. El pueblo no acudió en gran número á la solemnidad; el comercio permaneció abierto casi en totalidad por la mañana, como lo está siempre la mitad del día en los domingos. Una que otra casa hallábase adornada por el exterior. En la noche tuvieron lugar unos espléndidos fuegos de artificio en la plaza del Pópolo, los cuales sí estuvieron concurridísimos. El pueblo, en todas partes, gusta mucho de este espectáculo; pero en Roma se puede asegurar que una mitad, cuando menos, de los pobladores de la ciudad, se trasladaron en esa noche al lugar en que debían ser quemados los fuegos pirotécnicos. Por lo demás, la iluminación de la ciudad, para la cual invitó el Ayuntamiento, quedó circunscrita á los edificios públicos, y á una que otra casa particular en que por todo adorno se veían gruesas velas de cera, atadas á los barandales de los balcones. Así pasan las festividades políticas en todas partes del mundo.

A las nueve de la noche nos reuníamos con nuestro excelente y respetado amigo el señor Abarca en una fonda de la calle *I due Macelli*. Eran los últimos momentos que pasamos juntos. Después de cenar encaminámonos tristemente á la habitación del apreciable sacerdote. No pudimos despedirnos uno del otro; nos sentíamos los dos profundamente conmovidos: el que se quedaba y el que se iba hallábanse contristados en extremo. Nuestra amistad, que el mismo señor Abarca había tenido la bondad de calificar en el respaldo de la tarjeta que contenía su retrato, era *viva como nueva y sólida como antigua*. No podían dos amigos así despedirse para una separación que debiera alejarlos millares de leguas. El señor Abarca tomó su resolución, y estrechándonos la mano con efusión, nos dijo con acento conmovido:

—Hasta mañana, amigo mío.

Ese mañana podía ser de pocas horas; pero también, y era

lo más seguro, pudiera ser de meses ó años, y ¡cosa terrible! podía traducirse en esta frase:

—¡Hasta la otra vida.....!

Nosotros no pudimos articular palabra y nos separamos de nuestro buen amigo con el corazón traspasado de dolor. Nos retiramos en seguida á nuestro alojamiento para arreglar el equipaje y entregarnos algunas horas al reposo.

El lunes cuatro, nos levantamos muy de madrugada. Nos dirigimos inmediatamente á San Pedro, para ver por última vez aquella maravilla del arte que tanto habíamos contemplado y no nos cansábamos de admirar: hicimos nuestra última deprecación á los Santos Apóstoles en su sepulcro.....

A las siete de la mañana salíamos de nuestro alojamiento acompañados de nuestro casero el Sr. Palomba, italiano amable y servicial que había granjeádose nuestro cariño con exquisitas atenciones y excelentes oficios de amistad. Cuando íbamos alejándonos de los lugares que habíamos frecuentado durante cuatro semanas; cuando nos íbamos acercando á las afueras de la Ciudad Eterna, experimentábamos una emoción extraña, semejante á la que se siente cuando se deja la patria. Roma no es el extranjero para los católicos y menos podía serlo para un peregrino mexicano. En Roma se hallan escritas con monumentos nuestras tradiciones cristianas; en Roma está el centro de nuestra Comunión; en Roma está nuestro Padre Común, el Padre tierno y cariñoso que nos había recibido en su regazo como la gallina cubre con sus alas á sus polluelos. Al acercarnos por fin á la estación del ferrocarril, una lágrima corrió por nuestras mejillas: nos alejábamos tal vez para siempre de Roma....

A las ocho de la mañana en punto, el clamor de la máquina se nos imponía como una orden ineludible de marcha. Nuestros buenos amigos Angelini, Palomba, y varias familias italianas en cuyas casas habían estado alojados muchos compatriotas, se agruparon cerca de los coches para estrechar por última vez nuestras manos y darnos el último adiós. Una bella joven italiana, que acompañada de su mamá había llegado á un grupo de peregrinos, entre los cuales se hallaba

un joven querido amigo nuestro, al despedirse de éste prorumpió en amargo llanto: el joven mexicano parecía conmovido. Aquellas dos almas acaso se hallaban unidas por un sentimiento puro y santo, y las circunstancias las separaban para siempre.....

El tren partió, y rápidamente nos alejamos de nuestros amigos, de la Estación y de la Ciudad Eterna.

A las dos de la tarde se presentaba á nuestra vista el encantador paisaje de Nápoles. Saludamos con efusión á la bella Parthenope.